EL PERIODICO DE CATALUNYA
BARCELONA
21/11/12
Prensa: Diaria
Tirada: 141.632 Ejemplares
Difusión: 105.408 Ejemplares
Cod: 63828776
Página: 44
Sección: LOCAL Valor: 7.271,00 € Área (cm2): 410,4 Ocupación: 38,74 % Documento: 1/1 Autor: Núm. Lectores: 578000

A PIE
DE CALLE



CATALINA
Gayà

Los asientos vacíos del metro

El metro es la otra cara del espejo del asfalto. Si la gente sonríe arriba, lo hace bajo tierra. Ayer casi nadie sonreía. Era el metro de la crisis con anuncios a todo color que proclamaban que a Alemania se puede ir por solo 39,99 euros. En estos días, un dato me había llamado la atención. En el 2012, el transporte público ha perdido precisamente público y sucede lo mismo en toda España. En Barcelona, hasta septiembre, hay un 3,3% menos de usuarios del metro que hace un año. Las razones: las trágicas cifras de desempleo y la pérdida de población del área metropolitana.

El dato contrasta con el récord de usuarios del 2011. Hasta octubre del año pasado, de lunes a viernes, hubo 1,2 millones de validaciones al día. El usuario del metro, según una encuesta hecha este mismo año por Transportes Metropolitanos de Barcelona (TMB), es mayoritariamente mujer (58,8%), tiene entre 26 y 45 años (51,9%) y en un 45,3% ha nacido en Barcelona. El casi 55% restante proviene de Catalunya (6,7%), España (15,5%) o del extranjero (22,5%).

Ayer bajé al metro buscando los asientos vacíos por la crisis e **Irina,** una mujer de Ucrania que se mudó a Barcelona hace tres años, me regaló una mandarina. En el andén de la parada de Liceu, me contó que nació en Lviv y que ahí no hay metro. Del barcelonés, nada que reprochar. Solo que a primera hora, los fines de semana, hay mucho borracho y mucho humo sin que nadie diga nada. Ella, decía, se encara con los que fuman. Resultado: se cambian de vagón. Lo decía en esos tres minutos en los que, esperando el metro, la gente suele leer un periódico –se vuelven a ver lectores de periódicos no gratuitos en el metro–, un libro o se dedica a *monologuear* en silencio.

Irina se montaba al vagón cargada de bolsas de la compra. Sin saberlo, en dos minutos más, compartiría espacio con un señor de 69 años, barcelonés de toda la vida que conoció primero el Ferrocarril de Sarrià que el metro y a quien le da reparo, aseguraba, que le cedan el asiento. Él se había subido en Drassanes junto con **Albina**, de Cochabamba, que vino a Europa a limpiar casas, pero primero pasó por Buenos Aires, donde conoció el metro porque en Cochabamba no lo hay. Las casas, al fin y al cabo, son las mismas aquí que allá.

MARIA PUJOL



►► Unos usuarios esperan el metro en la parada de Liceu de la L-3, ayer.

> El metro de Barcelona ha perdido el 3,3% de usuarios en los últimos 12 meses

Cerquita de ellos había un sij, turbante azul y barba recortada, y, a su lado, unas chicas italianas que departían sobre los avatares de la economía. Una familia de turistas indios se dirigía a algún lugar mapa en mano. Y, por supuesto, no faltaba la música de un rumano que era el único que sonreía cuando pasaba la gorra. Había quien le devolvía media sonrisa y había quien ponía esa mirada que solo se consigue en el transporte público y que, en realidad, es un billete a otro mundo.

Entonces, yo preguntaba si alguien de los ahí presentes tenía un amigo o familiar emigrado. **Francisco** tiene a su mejor amiga en Londres. **Joan** se irá cuando acabe la carrera. Las historias del paro ni las preguntaba. Por teléfono, una chica explicaba a alguien que había ido a una entrevista. El resultado no lo sabré porque la muchacha se apeaba. Mi bolsa olía a mandarina. ≡

cgaya@elperiodico.com